

haber muerto en Cristo; y luego, haciendo como que salían de un éxtasis, ejecutaban mil locuras, que hacían pasar por inspiraciones divinas, y á esto llamaban *renacer en Cristo*. De aquí resultaron tantos extravíos, tantas locuras y tantos crímenes, que el Consejo de Saint-Gall tuvo que prohibir el *morirse*, bajo penas severas. Baste decir que creían ejecutar la órdenes del cielo entregándose á los mayores desórdenes y cometiendo hasta adulterios y asesinatos. A tal punto llegó, en fin, el fanatismo de aquella fé insensata, que un tal Leonardo Schagger, de San Jorge, cerca de Saint-Gall, cortó la cabeza á su propio padre, y que doscientos anabaptistas de Tecjen esperaron, divididos en tres grupos, que Dios les enviase el maná desde el cielo hasta que el hambre los dispersó.

A pesar de tamañas locuras, la nueva doctrina hizo tan rápidos progresos, que en poco tiempo logró enseñorearse de muchas ciudades y de algunos Estados, principalmente en Alemania y Suiza.

Entónces comenzó una persecucion nueva, tan terrible y sangrienta como ciega era el fanatismo que la suscitaba.

De la violacion de los sepulcros de los Santos, de los templos, de los monasterios y de cuanto

conforme á la tradicion de los Apóstoles era considerado como santo, se pasó á la expulsion de los católicos del suelo nativo y al cúmulo de violencia á brutales y de crímenes que hicieron abominables la dominacion de Calvino en Ginebra, de los hussitas y anabaptistas en Bohemia, de Enrique VIII é Isabel en Inglaterra y de los hugonotes en Francia.

Lutero excitó al Emperador y á los nobles á lavar sus manos en la sangre de los Papas y de los Cardenales: Zuinglio aconsejó se impidiese la exportacion de víveres para los cantones católicos, y Calvi no inauguró en Ginebra, donde encendió repetidas veces la hoguera para quemar á sus adversarios, una tiranía teocrática, que algunos historiadores no han vacilado en llamar reinado del Terror.

Las *Memoires de Picot* y los *Archives Curieuses* de Cimber y Danjon ofrecen á nuestra vista el cuadro de las abominaciones cometidas entónces en Francia por los calvinistas.

¿Quién no recuerda las ejecuciones de Serveto y Carlostadio; las profanaciones de Saint-Gall; el asesinato de los consejeros de Praga, arrojados desde las ventanas de las casas consistoriales al faror popular; la sangrienta persecucion que sufrieron los católicos ingleses por

parte de Enrique VIII é Isabel; la conjuración de Amboise, la violación de conventos é Iglesias en Orleans, Montpeller, Nimes, Montauban, Pamiers, Lisieux. Amiens, Meaux y Paris; la instanza de tres mil católicos en Orthez; el Martirio de los doscientos sacerdotes en Saint Sever, y todos aquellos excesos de los calvinistas que prepararon en Francia la noche de San Bartolomé? ¿Quién no apartará con espanto la vista de la repugnante figura de Briquemaut luciendo su collar de orejas de sacerdotes, y quién no recordará con horror los nombres de Lutero, Coligny, Berquin, Tomás Cromwel, Juan Hus y del sanguinario Zisca?

Los que tanto declaman contra la Inquisición y sus hogueras, examínen, sin prevenciones que inducen á error, la historia de la Protesta en Suiza, Alemania, Inglaterra y Francia, y verán que los católicos sufrieron allá una inquisición cuyos crímenes exceden con mucho en brevisímo período á las ejecuciones que con todas las formalidades de la legislación civil vigente entonces se llevaron á cabo por el brazo seccular en las causas de que conoció el Santo Oficio desde su creación hasta que fué suprimido. El Santo Oficio al cabo era un tribunal establecido por el legislador respondiendo á la suprema necesi-

dad de la época, y que funcionaba legalmente; pero la inquisición de los herejes era únicamente un tribunal de hecho sostenido por la fuerza, y que no tenia otra organizacion ni otra ley que el capricho, la conveniencia, el espíritu de venganza ó la herética intolerancia de los que, erigiéndose en adalides de la libertad religiosa, abusaron despues de su poder para tiranizar á los pueblos y esclavizar las conciencias.

Tal era en la práctica la libertad que predicaban los novadores. Las consecuencias de los nuevos principios políticos no fueron ménois funestas para la Iglesia y para la libertad verdadera. Inglaterra promulgó entónces el Código penal de Irlanda y el acta de Test; los Estados Escandinavos prohibieron á los católicos establecerse en Suedia, Noruega y Dinamarca, y Alemania hizo prevalecer el bárbaro principio de que los soberanos podian imponer su religion á sus súbditos.

Al mismo tiempo, los principios funestos de la soberanía territorial protestante fueron adoptados por algunos Monarcas católicos ávidos de dominacion, que en aquella perturbacion general habian perdido la idea de la moral y del derecho.

La Iglesia, por consiguiente, fué combatida en esa época abominable por la herejía en sus dogmas, por la tiranía de los novadores en la libertad de sus hijos, y en su soberanía por el cesarismo de los príncipes católicos.

Así fué que Luis XIV, al mismo tiempo que perseguía á los hugonotes, oprimía á la Santa Sede, que le habia advertido que el Salvador habia enviado Apóstoles y no dragomanes para convertir á las naciones, y que le dió una nueva prueba de su firmeza cuando el Pontífice Inocencio XII respondió al mismo Rey Cristianísimo que "el Papa estaba dispuesto á morir mártir."

La conducta de la Iglesia en una época tan funesta fué la misma que ha empleado siempre contra sus enemigos, y que está compendiada en las palabras que acabamos de citar: la prudencia y la persuasión con los que espera atraer á su seno, la firmeza y la justicia contra los contrarios que, desoyendo sus paternales avisos, persisten en combatirla.

Como Dios habia permitido la aparición de la Protesta para purificar á su Iglesia con la lucha, mas no para destruirla, la lucha fué terrible y empeñada, pero al cabo la barca de Pedro salió inclume de la deshecha tempestad, mientras

los elementos que se habian combinado para combatirla chocaron despues unos con otros, dividiéndose en innumerables partidos.

En efecto: el protestantismo, siguiendo el principio del *libre examen* proclamado por Lutero, se fraccionaba aun en vida de este heresiarca, su padre natural, en treinta y cuatro sectas que se combatian y desacreditaban mutuamente, y solo estaban acordes en su odio al Catolicismo y en su constante propósito de perturbar el órden religioso, político y social de Europa.

La Iglesia, por el contrario, cumpliendo su mision divina sobre la tierra, y conservando esa unidad inquebrantable con que Dios la ha favorecido siempre, acudia á todas partes para contener los progresos del protestantismo, consolidaba el dogma y realizaba la reforma de la disciplina en Trento, causando la admiracion del mundo por la armonía, el celo y la sabiduría de sus miembros; fundaba las órdenes religiosas de los capuchinos, teatinos barnabitas, escolapios y otros, hasta el número de cincuenta y nueve, en España, Francia é Italia: enviaba millares de misioneros á predicar el Evangelio en América, y empleaba toda su influencia y su poder para yponerse á las investigaciones de los turcos,

salvando así la libertad de Europa y la civilización verdadera.

“En la corte romana, dice el protestante Park (1), cuantos hombres se distinguieron en política, administración, ciencias, literatura y artes, tuvieron el mismo carácter de austeridad religiosa. La Iglesia reanimaba con su hilito benéfico las fuerzas vitales extinguidas ó extrañadas, y daba al mundo un espectáculo enteramente diverso. ¡Qué inmensa actividad! Roma absorbe al mundo entero, penetra al mismo tiempo en las Indias y en los Alpes y envía representantes y defensores á Thibet y á Escandinavia. Y en medio de aquella escena ilimitada se la ve por todas partes jóven, vigorosa é infatigable. El impulso que daba al centro se comunicaba acaso con más fuerza y eficacia á los operarios de los países más lejanos.

En aquel memorable siglo XVI aparecieron varones tales como San Juan de Dios, San Francisco Javier, San Carlos Borromeo, San José de Calasanz, Bartolomé de los Mártires, San Felipe Neri, San Vicente de Paul, San Pedro de

(1) *Historia del Pontificado,*

Aloftara, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus y otros muchos innumerables.

En aquel memorable siglo XVI floreció también San Ignacio de Loyola, fundador de la inmortal Campaña de Jesus, baluarte inexpugnable de la Iglesia, semillero de Santos y de sábios, tan odiada de los impíos como perseguida por gobiernos infames, y tan escarnecida por los enemigos del Catolicismo, como digna de veneración y de respeto para los amantes de la Iglesia y de la civilización verdadera.

Pero el mal gravísimo que produjo la Protesta no fué la persecucion que suscitó en el siglo XVI, sino que á ella se deben todas las demás que se han sucedido, inclusa la revolucion científica, política y social que viene agitando al mundo hace más de un siglo, representada por por el indiferentismo en religion, el filosofismo en la ciencia y el liberalismo en la política, que son los grandes males de nuestra época.

A la Protesta se deben, sin dada alguna, al corrupcion general los costumbres la impiedad de los enemigos de la Iglesia, la tibieza de los fieles, el regalismo la falsa filosofía, la falsa piedad, representada por el jansenismo; la falsa ciencia, personificada en la Enciclopedia, y la falsa libertad, compendiada en el liberalismo y comunismo,

Proclamada la libertad religiosa, se trató de establecer la libertad en la política, en la ciencia, en el trabajo, en el comercio; y á tanto se ha querido llevar la libertad, que se ha proclamado hasta el amor libre.

La soberbia, la ignorancia, las pasiones y hasta los crimenes reclamaron á la vez su libertad, concluyeron por obtenerla, y Europa y el mundo, al ver que la libertad de todos cohibía la libertad de cada uno, se han convencido de que cuanta más libertad se proclamaba, se disfrutaba de menos libertad.

Combatida la sociedad en sus más sólidos fundamentos, el principio religioso y el principio de autoridad, el protestantismo produjo sus naturales consecuencias.

Desde el momento en que se proclamó el libre exámen, fueron sometidos á análisis todos los misterios y dogmas de nuestra Religión, dando por resultado que la razón humana, impotente para comprender las sublimes verdades reveladas, las rechazase en su soberbia consagrándose á una filosofía que, careciendo de su base principal, el verdadero conocimiento de Dios, tenía que dar los mismos resultados que dió la filosofía griega,

“No mucho despues de la renovacion de las Artes y de la Filosofía en la Europa, dice el P. Ceballos (1), comenzó esta ciencia á ser molesta, por imitar la soberbia de los griegos sus renovadores. Ella de sí es utilísima y preciosa; pero sin el temor de Dios, va, sin principio ni lastre, á volcarse y romperse contra muchos escollos.”

Tal fué el origen y el carácter de la pseudo-filosofía, que como parto monstruoso del protestantismo nació en Inglaterra y en Holanda, que eran los pueblos más protestantizados de Europa.

“Como Francia, dice Sotto-Mayor (2), era entonces uno de los países más desmoralizados de Europa, el filosofismo se estableció allí fácilmente, donde como en vastísimo arsenal forjó y templó sus armas para la conquista del universo. Los Prelados franceses gemían constantemente, condenando una infinidad de libros de todos tamaños y de todas materias que circulaban por todas partes con increíble rapidez. La literatura *filosófica*, ligera y superficial, pero espiritua-

(1) *La falsa filosofía*, tomo I, disertacion histórico-crítica, art. IV.

(2) *AEgrija catholica romana é os seus perseguidores*, cap. VI. párrafo II.

lista; plagada de obscenidades más ó ménos disfrazadas, salpicada de epigramas y de frases de efecto, y sin respetar las cosas más sagradas, penetraba en el seno de las familias, derde el palacio de los grandes hasta la modesta habitación de las clases humildes, donde depositaba el gérmen de la incredulidad, ó por lo ménos el de la duda. La impiedad y la blasfemia eran escuchadas con aplauso, haciendo las principales delicias de aquellos aristocráticos salones, herederos del lujo deslumbrador del reinado de Luis XIV y de la descarada corrupcion de la regencia de Felipe de Orleans.

“Europa se habia acostumbrado á recibir de Francia el alimento del espíritu. El culto reinado de Luis XIV habia consolidado la supremacía de la literatura francesa, y la lengua de Corneille y de Racine comenzó á ser desde entónces como una lengua universal. Estas circunstancias fueron muy favorables á la propagacion de las impías doctrinas del filosofismo. Reyes, ministros y Grandes saturáronse de veneno y se unieron al cortejo de los libre-pensadores. Gustavo III de Suecia, Estanislao Poniatowski de Polonia, Cristian VII de Dinamarca, José II de Austria, el rey de Nápoles, el Gran Duque de Toscana, los ministros Kaunitz, Jennings, Choi-

seul Tauucci, Aranda y el marqués de Pombal, bebieron en los principios de la nueva escuela filosófica la idea predominante de sus reformas, que era la destruccion del Catolicismo y el aniquilamiento de la Iglesia. Habia llegado el tiempo de exclamar con el Profeta: *Astiterunt Reges terræ et Principes convenuerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus!*”

¿Quién podrá calcular los gravísimos males que produjo en Francia y en el mundo todo aquella insensata revolucion filosófica, y á quién se ocultará que debió su origen á la Protesta, y que ella á la vez fué uno de los eslabones de esa cadena de esclavitud con que se ha pretendido ahogar á la Iglesia, y que ha ido prolongándose con esos nuevos eslabones llamados galicismo, regalismo, jansenismo y liberalismo, para terminar en la abominable revolucion que hoy nos oprime, y aflige á los pueblos todos, formando como el compendio de todas las persecuciones con que ha sido combatida la Iglesia!

Preparada así la guerra por los filósofos impíos y por los sábios enciclopedistas, estalló la lucha. Los Reyes filósofos, jansenistas y regalistas dieron la señal, y José II en Alemania, Leopoldo en Toscana, Cárlos III en España y el marqués de Rospal en Portugal, comenzaron á

aprovecharse de aquella liga fraguada contra la Iglesia invadiendo su autoridad divina de una manera tan hipócrita como insens.

Aquellos monarcas levantaron la tempestad para recoger los restos del naufragio de la barca de Pedro, sin considerar que ellos cruzaban el mismo mar, y la borrasca destrozó las soberbias naves que gobernaban, mientras la barca humilde del Pescador de Galilea flotaba tranquila sobre las agitadas olas, socorriendo todavía á los naufragos que habian desengañado los elementos contra ella para enriquecerse con sus divinos despojos.

La hora de la justicia habia sonado, y Francia que era el país más trabajado por el filosofismo, fué el primero que experimentó los terribles efectos de la catástrofe que se venia preparando hacia algunos siglos.

Entónces fué cuando las sociedades secretas, y muy principalmente la francmasonería, que habia pretendido pasar por una asociación benéfica ó filantrópica, arrojó la máscara y se manifestó tal qual es: una secta abominable, enemiga jurada de toda religion positiva, de todo principio de autoridad, y de la Iglesia de Jesucristo, á la cual profesa un odio tan impotente como satánico.

No obstante, esta sociedad, cuyo fin principal y aspiracion última es destruir la sociedad cristiana, contaba en su seno muchos Monarcas y príncipes, muchos ministros y nobles en todos los países de Europa.

En Francia, un príncipe de la sangre, el duque de Orleans, llegó á ser Gran Oriente de la francmasonería; la princesa de Lamballe, favorita de María Antonieta, fué nombrada gran maestre de una lógia, y la Reina misma defendió á aquella asociacion nefanda en una carta que escribió á su hermana María Cristina en 26 de Febrero de 1781.

Todos los grandes revolucionarios de 1789 eran francmasones, del mismo modo que fueron y son masones, comuneros ó carbonarios casi todos los revolucionarios de España, Italia y Portugal, y los enemigos de la Iglesia en todos los países del mundo, tanto en Inglaterra, Alemania y Suiza, como en ambas Américas.

Apéna triunfó la revolucion en Francia, los francmasones se vanagloriaban sin rebozo de haber trabajado en la *gran obra* que se acababa de realizar; y en España, al estallar la revolucion, hemos visto tambien aparecer á los francmasones y contribuir á esta parodia ridícula de la Revolucion francesa.

¿Acaso no los hemos visto en nuestros días profanar las iglesias con sus risibles ceremonias, y hacer la guardia, cubiertos con grandes mandiles y armados de largas espadas, á los cadáveres de algunos de sus desventurados *hermanos*?

¿Quién ignora la parte activa y principalísima que han ejercido las sociedades secretas en la revolución española desde el año 12 del presente siglo hasta nuestros días? Por ventura, ¿no se han exhibido á cada paso, y no sabemos dónde tienen sus lógiás y sus liceos?

Esto mismo y aún más sucede en Italia, y mucho más todavía ocurrió en Francia.

Contando, pues, la Revolución con las armas que le habia proporcionado el filosofismo y la impiedad del siglo XVIII, y con el ejército que organizaron las sociedades secretas, sólo tuvo que esperar al momento oportuno y un pretexto.

Francia, que era el país más trabajado, no tardó en proporcionar la ocasión, facilitando el pretexto con motivo de la convocacion de los Estados generales, que, convertidos en pocos meses en Asamblea nacional, y despues en Convencion, reformaron, ó, mejor dicho, destruyeron la antigua constitucion social y política francesa, llevaron al rey del trono á la guillotina, inundaron á Francia en sangre, y arrancaron de

los templos y de los altares las imágenes venerandas, para sustituir el culto de la Religión verdadera con el de la diosa Razon, personificada en una prostituta.

Entónces comenzó la última persecucion de la Iglesia, que aún la aflige en nuestros días, y que es el complemento de todas ellas, desde la bárbara y cruel de los Emperadores paganos, hasta la artera é infame de los filósofos impíos.

¿No han renovado los días de Nerón, Domiciano y Diocleciano, Chauvette, el verdugo de los sacerdotes, y los revolucionarios españoles, que prepararon y ejecutaron los bárbaros asesinatos de religiosos por los años 1834 y 35 en Madrid, Zaragoza, Reus y Murcia? ¿No ha visto la Iglesia renacer los días de Arrio, Nestorio y Focio, por Voltaire, Jansenio, La Mennais, Rousseau y el P. Passaglia? ¿No han tenido que luchar los Papas Pio VI y Pio IX con José II de Austria, con Napoleon I y III, con Víctor Manuel II y con el emperador Federico Guillermo de Prusia, como lucharon San Gregorio el Grande, Alejandro III, Inocencio III y otros Sumos Pontífices, contra los Othoneses, Enriqueques y Federicos?

¿No han atentado contra unidad de la Iglesia católica Doellingar, el P. Jacinto y demás anti-

infalibilistas, promoviendo el raquíctico cisma de los viejos católicos, como Lutero, Calvino y Zuinglio suscitando la Protesta? Los apasionados de la moderna filosofía, y sus maestros Krause, Schlegel y otros, así como los ímpios naturalistas, y principalmente los prehistóricos y darwinistas, cuyos errores han llegado al delirio, ¿no se proponen principalmente combatir á la Iglesia, como la combatieron los pseudofilósofos y falsos sabios del siglo pasado?

Y, finalmente, los llamados espiritistas, magnetistas, sonambulistas, y frenólogos, ¿no se han propuesto el mismo objeto con sus ridículas supercherías, tantas veces condenas por la Santa Sede?

Destruir el Catolicismo: este es el objeto principal de la Revolución; porque el Catolicismo es la base de todo principio de autoridad, y toda autoridad se opone á esa omnimoda libertad que es la deificación del hombre, gozando del derecho al mal, que en Francia se consignó en la *Declaracion de los derechos del hombre*, y en España en el reconocimiento de los derechos individuales.

Para conseguir su objeto, la Revolución trató de destruir el culto cristiano, la sociedad cristiana, toda la civilizacion cristiana, en una pala-

bra, para sustituirla con la civilizacion ímpia y gentílica, que la habian enseñado el protestantismo y el renacimiento.

La actividad que la Revolución ha desplegado y está desplegando para consumir su obra, es verdaderamente asombrosa; y sólo se explica atendiendo á que hasta ahora no se ha ocupado sino en destruir.

Decimos mal: solo en Francia ha hecho ocho Constituciones y cuarenta mil leyes, y en España cinco Constituciones y un número incalculable de leyes, que, por ser muchas, tanto como por ser malas, no han logrado labrar nuestra dicha.

En cambio las devastaciones consumadas por la Revolución apenas pueden describirse ni enumerarse; pero si abrimos la historia de los países donde más ha podido desarrollarse, como en Francia, España é Italia, el cuadro que se presenta á nuestra vista no puede ser más desolador.

La negacion de los dogmas y aun de la moral del Cristianismo; los ataques incesantes dirigidos contra la autoridad divina de la Iglesia y del Pontificado en los teatros, en libros, periódicos, folletos y en esa elocuencia tribunicia y anárquica, que ha sido uno de los principales auxiliares de la Revolución; la supresion de las Ordenes religiosas; el asesinato de los religiosos

y sacerdotes; la usurpacion de los bienes eclesiásticos; la ingerencia del poder civil en los asuntos religiosos; la secolarizacion de la enseñanza; el establecimiento del matrimonio civil, y la predicacion y aplicacion de los numerosos errores condenados por la Eclesiástica *Quanta cura* y enumerados en el *Syllabus*; he aquí la aspiracion y fin de la Revolucion, que puede compendiarse en este desso, tan vehemente como imposible: destruir la yglesia de Dios.

Por último, la unidad de Italia, aclamada por los revolucionarios de todos los países, aplaudida con frenesí por los liberales y reconocido por gobiernos infensos, hé aquí la última hazaña de la Revolucion, llevada á cabo á fuerza de intrigas, de usurpaciones y de sacrílegos crímenes.

Victor Manuel II, arrastrado por la Revolucion al Quirinal, acaso no tardará en ser arrojado por la Revolucion misma desde la Roca Tarpeya, y Pío IX, que apenas tiene hoy una piedra para reclinarse su cabeza, volverá á levantarse triunfante para cantar su victoria y bendecir al mundo desde la Piedra sobre la cual fué fundada la Iglesia por el mismo Jesucristo.

Si Pío IX es nuestro consuelo y nuestra esperanza, porque durante su pontificado, tan dilatado como amargo, y al mismo tiempo tan glo-

rioso, no ha dejado de alentarnos en la lucha y de darnos sublimes ejemplos de firmeza, enjugando nuestras lágrimas de dolor y haciéndonos derramar lágrimas de alegría.

Pío IX, designado en las célebres profecias atribuidas á San Malaquías con el nombre de *Cruz de Cruce*, sufre desde su elevacion á la Cátedra de San Pedro una pasion dolorosísima, y su historia es un nuevo Exodo, donde nuevo Moisés, vá guiando al pueblo fiel á través del desierto de la Revolucion para conducirle á la tierra prometida. Sus enemigos no han cesado de oponerle obstáculos y de combatirle en su marcha salvadora; pero el inmortal Pontífice, abandonado de todos los gobiernos de la tierra, y protegido únicamente por la república del Ecuador tan pequeña por su poder y la extension de sus dominios como grande por su fé, podrá cantar al fin el himno de gracias el dia de su victoria, porque no ha cesado de entonar el cántico de las misericordias en los dias de amargura.

La Revolucion, que comenzó en París á fines del siglo pasado con los horrores del reinado del Terror, ha marcado tambien con sangre sus últimos pasos en el mismo París y en muchas ciudades de nuestra desventurada España, cuyos

humecantes escombros acaso lleguen á ser todavía testigos de su derrota.

La Iglesia triunfará porque Dios permite que sea combatida, pero no consentirá que sea vencida. La Iglesia es una milicia santa, establecida por Jesucristo para combatir, y el destino del soldado es luchar, y su gloria vencer. La Iglesia está luchando y venciendo hace diez y nueve siglos, y la lucha y la victoria la han purificado y fortalecido, aumentando además prodigiosamente de siglo en siglo el número de los fieles, según la estadística siguiente:

| | CRISTIANOS. |
|-----------------|-------------|
| Siglo I..... | 500.000 |
| Siglo II..... | 2.000.020 |
| Siglo III..... | 5.000.000 |
| Siglo IV..... | 10.000.000 |
| Siglo V..... | 15.000.000 |
| Siglo VI..... | 20.000.000 |
| Siglo VII..... | 25.000.000 |
| Siglo VIII..... | 30.000.000 |
| Siglo IX..... | 40.000.000 |
| Siglo X..... | 56.000.000 |
| Siglo XI..... | 70.000.000 |
| Siglo XII..... | 80.000.000 |
| Siglo XIII..... | 85.000.000 |

| | |
|---------------------------|-------------|
| Siglo XIV..... | 90.000.000 |
| Siglo XV..... | 100.000.000 |
| Siglo XVI..... | 125.000.000 |
| Siglo XVII..... | 185.000.000 |
| Siglo XVIII..... | 250.000.000 |
| Siglo XIX, se calculan en | 260.000.000 |

¡Bendito sea Dios, que ha permitido esas persecuciones, que tanto han engrandecido á su Iglesia! ¡Bendigamos á Dios, porque la persecucion de los Emperadores paganos, regando con sangre el campo de su vasto imperio, hizo fructificar la semilla del Evangelio, sembrada por los Apóstoles! ¡Bendigamos á Dios, porque la persecucion de las herejías y de los cismas afirmó á los fieles en la fé y fué la causa de que se consolidaran en los Concilios los dogmas fundamentales del Cristianismo! ¡Bendigamos á Dios, porque la persecucion de los emperadores de Alemania dió lugar á que se corrigieran muchos abusos, y á que la Santa Sede recobrara las importantísimas prerogativas que le habian sido usurpadas! ¡Bendigamos á Dios, porque la Protesta desenmascará á muchos enemigos ocultos y motivó el Concilio Tridentino, donde la Iglesia condenó las nuevas herejías, corrigió muchos y sensibles abusos, y dió al mundo una

prueba más de su unidad inquebrantable! Bendigamos á Dios, que ha permitido la Revolución para enseñanza y castigo de los pueblos, y para enardecer la fé y la piedad de los fieles, que se iban debilitando y extinguiendo! Bendigamos á Dios, que al permitir las persecuciones todas, ha sostenido á su Iglesia con el brazo de su misericordia, y ha castigado á sus enemigos con la espada de su justicia.

FIN FUNESTO

DE LOS

PERSEGUIDORES Y ENEMIGOS

DE LA IGLESIA

DESDE HERODES EL GRANDE HASTA NUESTROS DÍAS.